

Luis Valera Delavat, *Del antaño quimérico*, Gaspar & Rimbau Editorial, Wrocław, 2021, edición de Mariano Martín Rodríguez, ISBN 978-84-18613-46-3.

Cuando hace más de veinte años leía las dos colecciones de cuentos de Luis Valera, *Visto y soñado* (1903) y *Del antaño quimérico* (1905), me resultó casi insultante que los lectores y la crítica no les hubieran prestado casi ninguna atención. Supuse que, al poco interés que en general se había mostrado por la literatura fantástica, se unía el ser creaciones del hijo de don Juan Valera. La figura del padre, sin duda, había ocultado la producción del hijo. Además, si la mayor parte de la narrativa breve maravillosa del autor de *Pepita Jiménez* no había sido muy bien valorada por los estudiosos y los lectores que se decantaban por sus novelas, no resultaba nada extraño que las dos antologías de Luis Valera no se hubieran vuelto a editar desde su aparición en los primeros años del siglo xx. Entre otras razones, porque se pueden encuadrar en el mismo campo que la narrativa breve del padre, y ya sabemos el poco aprecio que se tuvo por este ámbito literario durante toda la posguerra, en donde predominaban las corrientes realistas. Así que, ante la indudable calidad de algunos de sus relatos, en el más cercano 2006 incluí en *Cuentos fantásticos en la España del realismo (1868-1900)* «La esfera prodigiosa» y «Historia del Rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño», a mi entender dos de sus mejores cuentos.

Hace pocos días llegó a mis manos una nueva edición de *Del antaño quimérico*, que ha visto de nuevo la luz gracias al trabajo de Mariano Martín Rodríguez, crítico que no solo edita sino que escribe un estupendo prólogo en el que da las claves para la interpretación de estas narraciones y para su disfrute. Además, informa del conjunto de su narrativa, de la influencia en sus historias de su viaje a China, de las peculiaridades de su estilo o de sus semejanzas con algunas fantasías épicas. El volumen se compone de solo cinco títulos: «La diosa velada», «Edirn y la hamandriada», «El mayor tesoro», «Historia del rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño» y «La ahijada de los silfos» todos encuadrables dentro de la narrativa maravillosa. Adelanté antes que la del padre y del hijo tenía algunos rasgos comunes. Particularmente, que los dos toman bastantes de sus historias de cuentos populares que reelaboran desde posiciones muy cultas. Es el caso de «El pájaro verde» o «La buena fama» de Juan Valera. Del primero el propio autor aclaró al Duque de Rivas que era un «cuento vulgar que me contó con singular talento su señora madre de V. y que no he hecho sino poner por escrito, procurando competir con Perrault, Andersen, Musäus». Con otro argumento

tradicional compuso «La muñequita», más breve y más apegado al primitivo que «La buena fama», mucho más estilizado y alejado del tradicional. Entre los del hijo, «El mayor de los tesoros» posee la misma estructura que muchas historias populares en las que varios personajes masculinos deben competir para conseguir la mano de una bella jovencita. Como en cualquier relato maravilloso, el lector da libertad al narrador para que lo lleve a lugares inexistentes donde se producen prodigios de todo tipo. En este caso la princesa a la que hay que conseguir habita el reino de Panflagonia y sus tres pretendientes viajarán al Mar Tenebroso, a la última Tule o a ciertas islas lejanas del mar de la Aurora para obtener el mayor de los tesoros. El cuarto, más ingenioso, no tendrá que desplazarse ni moverse de Panflagonia. En cualquier caso, la organización de los hechos es la misma que la de muchos relatos de transmisión oral que bien conocía Luis Valera y que fueron primero recogidos y después reutilizados en novelas, cuentos y hasta en óperas. Piénsese en la muy chinesca y sádica *Turandot* (1926) de Puccini, que cuenta sucesos similares a los de «El mayor de los tesoros». Cuando las historias no se insertan claramente en la tradición, aparecen elementos de esta. Así, «La ahijada de los silfos» se inicia como un cuento de hadas: «Hace siglos y siglos érase una vez», palabras que nos advierten de que salimos fuera de la realidad y entramos en un mundo donde se suspenden las leyes que rigen la vida cotidiana. Luis Valera, como Juan, en casi to-

das las ocasiones apuesta por una literatura que nos lleva a universos donde rigen reglas muy diferentes a las que gobernaban la vida de los españoles durante la Restauración borbónica.

Otra característica evidente y que aleja al lector de las ciudades y calles de los inicios del siglo xx es la localización de los hechos en lugares legendarios o exóticos. En «La diosa velada», Sófanos de Mileto viajará nada menos que a la Atlántida; en «Edirn y la hamandriada» este caballero de la Tabla Redonda se enamorará de una extraña y peligrosa criatura que vive en una encina; en «Historia del Rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño» el Rey Osvaldo es el señor de la Ínsula Verde... Pese a que casi todos los finales acaban con reflexiones morales o filosóficas, es evidente que estos singulares personajes, estas fabulosas ciudades o estos increíbles acontecimientos pueden hacer creer a los lectores, que solo desean pasear por Madrid, París, San Petersburgo o Vtusta, que se trata de cuentos infantiles que no deben ser considerados una lectura seria. Nada más lejos de la realidad, porque todos están pensados para lectores adultos. Nuestro autor solo se inscribe en una corriente que proviene del Romanticismo, se intensifica con la moda wagneriana y vuelve a florecer con el *art nouveau* o modernismo. Los orientalismos islámicos, los motivos chinoscos, los japonismos, las caballerías medievales, la mitología griega y romana o cualquier exotismo no nacen con la narrativa de Luis Valera, sino que tienen amplio arraigo en el xix y

siguen estando de moda en los inicios del nuevo siglo. Sirvan de ejemplo las *Leyendas* (1858-1865) de Bécquer donde, además de los tópicos medievales, podemos encontrarnos con ondinas como en «Los ojos verdes»; *Leyendas del Antiguo Oriente* (1870), en las que los personajes de Juan Valera viven en Zabulistán o Ecbatana; el *Jardín umbrío* (1903) de Valle, en el que se refleja la Galicia mítica y ancestral; las decenas de leyendas bíblicas, medievales y orientales de Emilia Pardo Bazán o *La última fada* (1916), su contribución al ciclo artúrico. En otras palabras, que el libro que comentamos nació en un ambiente decadentista muy dado a las ensoñaciones exóticas en las que las historias se desarrollaban en cualquier cultura y en cualquier tiempo, siempre con la intención alejarse del ambiente burgués y prosaico en el que se desenvolvían los artistas y escritores. En este sentido, no puede ser más radical la propuesta de Luis Valera, porque el lector no encontrará la más mínima alusión directa a España ni a los problemas que la acuciaban en el cambio de siglo.

Quizás ese apego a las modas literarias de finales del XIX y los inicios del XX sean hoy lo más criticable de estos cuentos. Si nos internamos en el bosque de «La ahijada de los silfos», puede que una flora y una fauna tan idealizadas y refinadas resulten ridículas para la sensibilidad actual. La floración vegetal modernista es tan abundante que solo en una página podemos toparnos con *golfanes, mimbrres, fáfarras, lirios, sargas, chopos, alisos, álamos, fresas silvestres, pervincas y helechos*. Antes,

cuando lo cruzaban los humanos, hemos podido ver que llevan «un lío de ropas de purpúreo lino o de seda joyante, quien un ánfora o una estatuilla de plata o de oro, quien arquetas, vasijas y otros enseres de mucho valor, espléndido botín garbeado». Es ahí, en un estilo recargado de cultismos y de arcaísmos, donde el hijo se aleja mucho del humor y del casticismo del padre.

Sin embargo, el propio autor es capaz de tomarse a broma la narrativa que ha practicado. En «Historia del Rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño» parodia el cuento de hadas y se ríe de su retórica. El argumento no puede ser más tópico. Una malvada bruja ha hechizado y raptado a la bellísima Flor de Ensueño y la ha encerrado en un castillo que tiene como guardián un terrible dragón. Cuando han pasado muchos años, el Rey Ardido irá a rescatarla y dará muerte a la bestia. El gran problema se le plantea cuando al morir el dragón, el maleficio de la bruja desaparece y también la belleza de la princesa, que se transforma en una horripilante vieja. La segunda parte narrará los múltiples viajes y peripecias de Ardido para ir restaurando la hermosura de la joven.

No hay ningún problema en contar la trama del relato porque no reside ahí su originalidad, sino en el tono distanciado y humorístico que adopta el narrador. Por ejemplo, los caballeros que se atreven a rescatar a la princesa del dragón le sirven «ineludiblemente de almuerzo, merienda o desayuno, según cual fuese la hora del encuentro»; la bestia queda tras la lucha

con Ardido como «descomunal acerico relleno de alfileres y agujas», la pintura última de la heroína del cuento sugiere que quizá «fuese tonta de nacimiento, tonta *per se* y no *per accidens*», etc. El humor, además, se consigue confrontando el léxico más pomposo y artificial con el del habla cotidiana y con el desapego del narrador que no parece tomarse muy en serio los hechos: «Poco o nada se sabe a ciencia cierta de las peregrinaciones y andanzas del Rey Ardido y su estrafalaria acompañante durante no escaso tiempo después de los tremendo lances que referidos quedan».

El final que se nos propone no puede ser más desesperanzado. Rey y Princesa vivirán eternamente en el Reino de las Hadas donde tendrán hijos, nietos, bisnietos y architataranietos. Por su parte, los campesinos de Frislanda esperan su vuelta para «remediar allí y en el orbe entero los muchos males que la humanidad padece. Y como cada generación frislandesa cree, a pie juntillas, que el mundo está peor que nunca», todos esperan su regreso para poner remedio a sus penas.

Sin embargo, se trata de «una ilusión no menos engañosa que la que se supone dispuesta por las hadas para consolar al héroe de la presente historia, cuento o lo que sea». El narrador, y quizá también el Marqués de Villasinda, estiman que las penas del campesinado no tendrán fin y sus esperanzas son una ensoñación del mismo calibre que este relato. Sirva, sin embargo, su conservadora reflexión para señalar, por último, que hasta las más desenfundadas fantasías nos ofrecen imágenes del mundo y de nuestra realidad. Los lectores actuales encontrarán en las páginas de *Del antaño quimérico* reflexiones sobre el sentido de la buena vida, la frustración, el alivio que proporciona el amor, la exigencia del esfuerzo para lograr lo deseado, la imposibilidad de conseguir todo lo que se persigue.

JUAN MOLINA PORRAS
Investigador independiente
jumolina@gmail.com

